

rey, cuando se dirigió á los suyos desde una altura, fué anatematizado por la muchedumbre, que sobre él lanzó piedras que buscaran su muerte, y maldiciones que le siguieran en la eternidad. En tales condiciones ese rey, y herido por aquellas piedras, viendo que ya no podía servir más á sus miras, manda el capitán español que acaben con su vida. Tras ello, perdida toda esperanza, se prepara á efectuar una salida.

Pasaba esto el día 29, y su operación quedó dispuesta para la noche siguiente, que se prestó con su obscuridad y lluvia al intento de Cortés.

Desde la noche del mismo 29, había el conquistador cegado algunas acequias que le cortaban la retirada, obstruyendo las calzadas por donde tenía que salir. Además, armó un puente portátil, que conducirían 300 tlascaltecas y 30 españoles, para franquear los canales que tenían que encontrar á su paso; y con el lodo á los pies, la lluvia arriba, y las sombras en derredor, se mueven las tropas para emprender su salida. La columna es batida con furia; es atacada por el frente y los flancos; la vanguardia y centro de la misma, salen dejando regueros de muertos en su camino; parte de la retaguardia, combatiendo y echándose á las zanjás y canales, llenándolos con sus cadáveres, apenas puede seguir; y la extrema retaguardia, cortada enteramente, tiene que retroceder hasta su cuartel, en donde después es vencida, y los prisioneros todos sacrificados en aras del dios Huitziliposhtli. En las varias refriegas, y especialmente en la derrota de esa noche, los invasores y sus aliados deben haber perdido 1.000 españoles, 4.000 tlascaltecas y 80 caballos, sus tesoros y su artillería, quedándoles unos 600 españoles, 3.000 indios y 24 caballos.

En Popotla, al pie de un gigantesco ahuehuete que existe aún, Cortés desmontó para ver de organizar los ensangrentados restos de su destrozado ejército; y las lágrimas corrieron de sus ojos, en aquella noche cuyo calificativo de *triste*, la historia le ha guardado. Al fin de seis jornadas, cortas en extensión y grandes en duras fatigas y peligros, salen los derrotados españoles y sus aliados del Valle de México, sin haber dejado en su camino de combatir contra falanges indias que los hostilizaran. Después, siguieron dos recios combates, hasta que el 8 de Julio llegó Cortés al amigo reino de Tlascalcala.

Expediciones, diversas luchas, constantes trabajos para organizar á los aliados, llegada de más fuerzas españolas, se sucedieron; y el activo y valeroso Cortés, batiéndose hoy y trabajando siempre, aumentaba más y más sus elementos.

El príncipe Cuauhtemoc, que tras la muerte del rey que sucedió á Motecuhzoma, ocupara el trono, joven y valeroso, se arrojó á la tremenda lucha en que de antemano sabía que tendría que sucumbir con su imperio, rodeado como estaba de pueblos enemigos, y con los españoles á la cabeza de ellos; pero su resolución era hundirse entre las ruinas del Anáhuac, *sin miedo en el corazón ni vergüenza en el rostro*: tales fueron sus viriles palabras en presencia de su consejo. Algunos de los suyos abogaron por la paz; entre los partidarios de ella había grandes señores, y sin detenerse á considerar su alta posición, hizo el príncipe, para mejor escarmiento, rodar por el suelo sus cabezas.

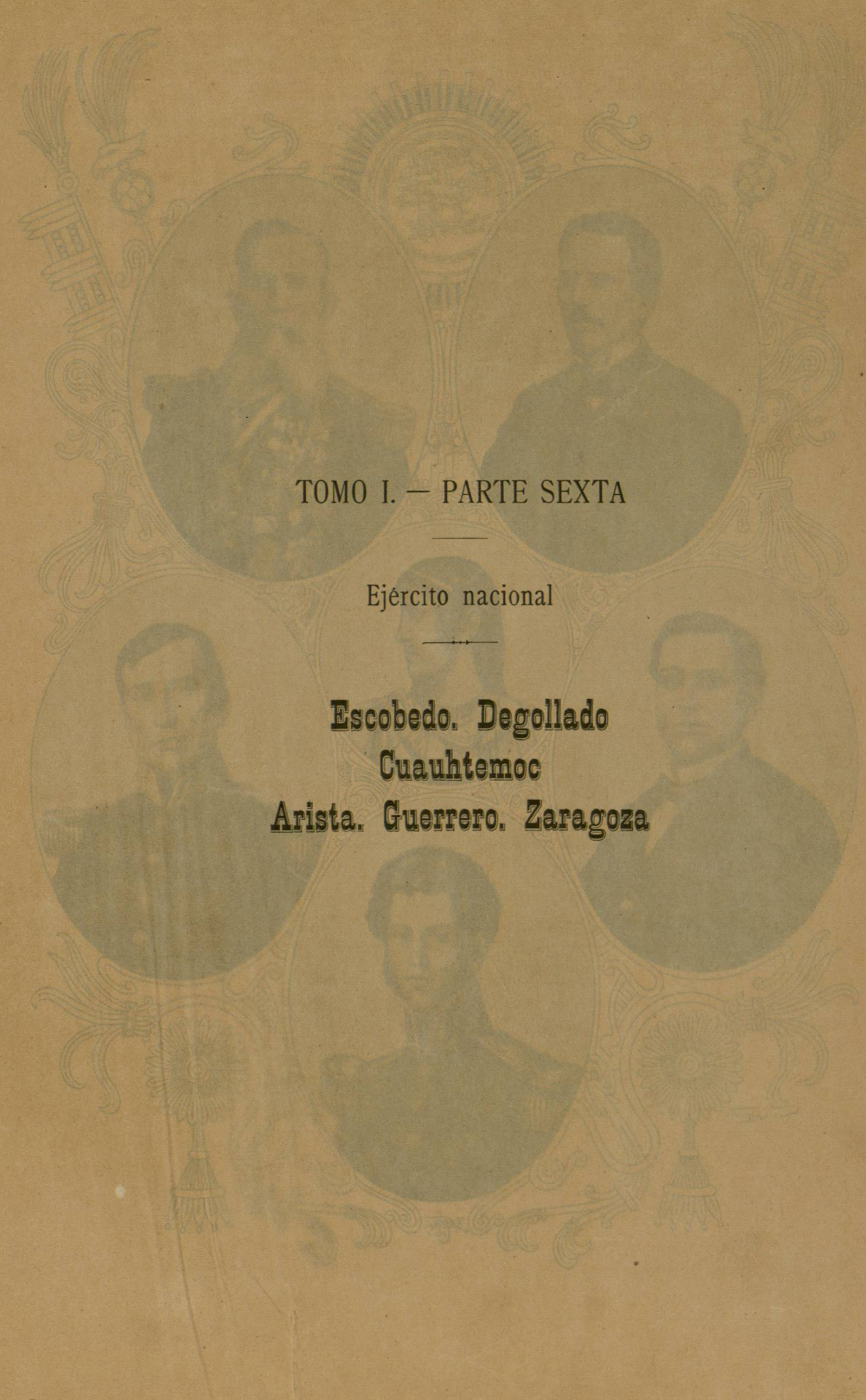
Ya Cortés, en Abril de 1521, tras varias campañas, estaba listo para lanzarse á la misma capital del imperio, y Cuauhtemoc lo esperaba. En vano había procurado éste la alianza del gran reino de Michoacán, que contestó sus misivas expresando que cada cual se defendiera por sí. Esa falta de acuerdo entre los pueblos aborígenes de este Nuevo Mundo, da la explicación de la relativa facilidad de su conquista.

Tuvo el capitán español que fabricar bergantines para dominar los lagos que rodean á México; que abrir canales, que disciplinar las numerosas huestes de sus aliados; y con más de 80.000 hombres de ellos, y 600 españoles, emprende las operaciones. Otras tropas numerosas lo reforzaron después.

Más de quince días tarda Hernán Cortés en organizar las diversas divisiones que por distintos rumbos manda sobre México; y el 20 de Mayo, aquellas huestes tomaron sus puestos en derredor de la ciudad, ya en tierra firme, ó ya en agua, donde dominaban con sus soberbios bergantines las frágiles canoas de los aztecas. Con 40.000 guerreros se preparó Cuauhtemoc para la defensa.

Los templos, los palacios, se derrumbaban con estruendo, bajo el fuego del cañón, y á virtud del incendio de que los sitiadores hicieron constante uso.

Se efectuaban ataques combinados, por diversas partes, por tierra y por agua, á la luz de las llamas



TOMO I. — PARTE SEXTA

Ejército nacional

Escobedo. Degollado
Cuauhtemoc
Arista. Guerrero. Zaragoza

(Faint, mostly illegible text on the left page)

TOMO I — PARTE SEXTA

Ejército nacional

Escobedo, Degollado
 Cuauhtémoc
 Arista, Guerrero, Zaragoza

(Faint, mostly illegible text on the right side of the left page)

